

19 de Marzo de 1980

Señor
Andrés Zaldívar L.
Santiago
Chile

Estimado Andrés:

A mi regreso de un viaje de un mes por Europa, leo tu carta del 28 de Enero.

Desde luego te expreso mi extrañeza y no puedo acceder a tu pedido de comprensión. En treinta y tantos años de militancia en el Partido, al cual siempre serví con disciplina y devoción, nunca recibí de la autoridad del Partido, ni siquiera del Presidente de la República cuando fuí su ministro, una carta así. Mucho menos la suponía en las circunstancias en que viven el país y el Partido.

Nunca he pensado ni manifestado interés en organizar un proyecto en combinación o a través del Instituto Chile de Rotterdam.

Puedes estar tranquilo, en lo que a mí respecta, en cuanto a los recursos del Partido sobre los cuales se me ha pedido opinión en Holanda, y siempre he apoyado, pues los considero todos escasos y necesarios. Nunca me ha interesado tampoco saber cómo, quién y para qué se gastan a pesar de que, sin obtener respuesta e información alguna, pregunté a tí y a los demás amigos de la Directiva cuál era la materia del proyecto de Los 24 con el sólo objeto de no interferir en relación con el propósito que he tenido de organizar un centro de estudios.

No ando detrás de recursos que puedan afectar los del Partido, ni en gestiones políticas en Rotterdam, ni en Chile, ni en ninguna parte. Tampoco me interesa formar grupos.

Lo que sí trato de organizar es lo que haré en Santiago y para ello creo tener toda la libertad moral, intelectual y académica para conversar y convenir mis posibles trabajos dentro del margen que el régimen y las circunstancias permitan.

Para las tareas del Partido estaré siempre listo, como lo he estado toda mi vida, no en grupos sino en su corazón. Pero para organizar mi vida y mis trabajos, mantendré mis criterios y derechos.

Me habían dicho que me escribirías una carta pidiéndome no ir a Holanda. Estimé la noticia tan absurda que no la creí. Aceptar áreas

/...

exclusivas, territorios vedados, monopolios o prohibiciones injustificadas me parece inconcebible.

Excúsame que te dé un consejo de amigo y camarada y de ex-colega de Gabinete, sin más título que ser mayor en edad que tú ni más razón que mi angustia por Chile, cuyo futuro democrático desearía estar en el Partido. Tu legitimidad como Presidente se asienta en el consenso acerca de tus condiciones de rectitud, coraje y dedicación. No quiero enumerar otras cualidades o defectos pues no estoy haciendo ni críticas, ni elogios. Sólo quiero decirte que tu conducción será eficaz no sólo por las decisiones que conduzcan a resultados positivos sino - y principalmente - por la amplitud y generosidad que constantemente demuestres ante todos los militantes. El Partido no es un sistema de disciplina, de prohibiciones, ni de exclusiones, pues sólo restan y disminuyen. Todo ésto es absurdo e irrelevante después de seis años de inmovilismo que puede durar mucho tiempo más.

El problema del Partido no está en su disciplina formal. Nunca ha estado en ella. Convertirlo en máquina sería su muerte. Por eso me preocupa la cierta obsesión de disciplina que observo de la cual tu carta - y sus comentarios anticipados - son una muestra.

Que haya un tesorero preocupado de los recursos me parece esencial, tanto como un Ministro de Hacienda o del Presupuesto. Pero por encima hay un Presidente que ve el conjunto y que asegura la unidad dentro de la diversidad democrática.

El problema del Partido viene de atrás. Es su necesidad de ser el portavoz de una idea nueva, que ilumine la mente y caliente el corazón de todos los militantes. Que produzca respuestas para la década del 80 en un Chile que no es el del 50, ni el del 64, ni el del 70 o 73. Se requiere fomentar nuevas ideas movilizadoras y llamar, unir y dejar que la libertad creativa surja de todos lados porque es la libertad dentro de la gran corriente del pensamiento democrático la que será capaz de dar vida a formas agotadas.

Me dirás que estás de acuerdo, pero hay maneras y maneras. Conozco tu generosidad personal, pero también conozco el Partido y sé lo que pasa en estas circunstancias.

Ten confianza y abre, conduce, empuja. No prohibas. La Presidencia es una conducción de mucha gente diferente. No es una Iglesia con dogmas, Papa, Cardenales y Obispos. La disciplina se crea por el servicio de grandes ideales concretos y no sanciones. Es como la educación, que se lleva adentro como una manera de ser; no requiere que se la recuerde sino a los niños. Tampoco hay que confundir la educación con el servicio militar. Entre nosotros, los jefes mandan porque tienen la razón.

/...

En este caso no tenías una razón para escribirme. Estoy sí extrañado por tu carta que está de más y hubiera preferido, por respeto mutuo, no haberla recibido.

Espero verte en Santiago y conversar sobre ésto y otros temas.

Recibe un abrazo de tu amigo y camarada.

Gabriel Valdés S.

P.S.- En vista de que el contenido de tu carta ha sido comentado - antes de que me llegara - por algunos amigos, y para que conozcan mi posición, mando copia de ésta a Eduardo Frei y a Tomás Reyes.